

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO SEMANAL DE CIENCIAS LITERATURA Y ARTES

NÚM. 8.

21 DE DICIEMBRE DE 1890

NUM. 8.

SUMARIO

Buena Noche-Buena! por R. Becerro de Bengoa.—La Noche-Buena, por Federico Jaques.—Cuervo, (conclusion), por Clarín.—Hijo y patria, por Magdalena Santiago-Fuertes.—Carta semanal de Londres, por B. de Oya.—Desde el boulevard, por R. Blasco.—Mosaico madrileño, por M. Ossorio y Bernard.

BUENA NOCHE-BUENA!

EL BELEN DE UN INGENIERO

I.

En uno de los cerros de la sierra de Miravel, rancho más allá de Jaraicejo, está la mina de antimonio *Jesúsita*, que, por mal de mis pecados denuncié y exploté durante algunos años. Un ingeniero, saturado de ciencias y de golosinas mundanas, recluido en un monte pedregoso y ralo, donde ha de vivir solitario muchos meses, para beneficiar á fuerza de pólvora, de chaparrones y de trato con los indígenas, un filon de mineral intransportable, es un ente positivo, digno de lástima, que deje atrás, en materia de abnegación y de mérito, á Simeon Stilita y á todos los anacoretas y eremitas del antiguo cuño.

Menos mal que en el Mochete del cerro Lindo vivían conmigo tres seres afanosos del negocio, como yo, á saber: el contratista vizcaino Josechu Piper, el director de trabajos Luke Dogson inglés y el administrador Casariche, hijo del mismísimo Marchena. Á nuestras órdenes trabajaaban hasta setenta mineros con sus familias, que habitaban en el inmediato pueblito de Noles.

Cuatro días antes de Navidad entraron en mi comedor-despacho los tres subordinados, compañeros de soledad, á hacerme la tertulia cotidiana. Casariche me dijo:

—Hemos pensado, maestro, ya que se acerca la Nochebuena, celebrarla con su merced aquí arriba, porque, la verdad, están muy desabridos y perros los tiempos para andar por esos caminos; y porque además, no queremos dejarle solo. Al efecto, señor ingeniero, con el fin de que no falte combustible para las fiestas, hemos escotado á cinco pesos cada uno, Piper, Dogson y un servidor y vamos á mandar á Cáceres por metralla, mañana mismo. ¿Que le parece á usted, mi amo?

Yo miré á Casariche, que se frotaba las manos de gusto y al vizcaino y al inglés, que asintieron á lo dicho por el administrador, dándose con la barba en el pecho, sin soltar las pipas, que tenían entre los colmillos.

—Me parece muy bien señores; contesté, sacando mi cartera;—ahí vá un billete de otros veinte pesos; y vamos á ver qué gloria *in excelsis* se arma en este mochete extremeño en esos días. Cogió Casariche el billete y dirigiéndose á sus compañeros añadió: —¡Lo vé usted mister Luke! ¡lo vé tú, Escarricascos! no hay en el mundo una personilla más aparatada para rey y señor de los corazones que nuestro amo. ¡Mendro Belen, que vamos á presentar aquí, con treinta y cinco soles como estos, para comérnoslos y bebérnoslos y fumarlos y cantárnoslos y tóol!

—Yo os agradezco mucho vuestro acuerdo,—les dije despues,—por el gran sacrificio que hacéis, prescindiendo en estos días, en que suelen pararse los trabajos, de ir á vuestras casas, tú Piper, á ver á tu madre; tú Casariche, á pasarlos con tu mujer y tus hijos, y tú, Dogson, á visitar á tu novia en Plasencia.

El inglés y el vizcaino volvieron á dar su cabezada contra el pecho, dejando escapar, con una plácida sonrisa, una nube de humo por entre los labios y la pipa, y Casariche contestó: —Ya lo tenemos todo pensado y convenido. Hoy hemos escrito á nuestras relativas partes contrarias ó laterales, participándoles que no podemos salir de la mina, á causa de un nuevo filon que se ha presentado de repente, y que de aquí á más ó menos tiempo iremos cada cual, en el suyo y distinto, á dar una vuelta por el hogar doméstico. Y para que vea su merced que es cosa hecha, ahora mismo le vamos á leer las tres epistolas de Navidad, que se han redactado por cada quisque, al respectivo.

—Me parece muy bien, amigos,—contesté;—vengan las cartas y que cada cual al respectivo, las lea.

en el mismo lenguaje y tono con que fueron leídas, mientras despachábamos una botella de *San Cristobal*, de Sandheim, de Peguerillas.

II.

Leyó el andalúz Casariche: «Serro del mochete e la mina Jesúsita á véinte de diciembre de 18... Mi muy idolatrá cachorra Mariquilla y mis querios cachorijos é mi corason: Pue zabreis que hoy, este zeño ingeniero, que sus tengo referio, que ziente crese la yerbesillas der campo, de lizto que é, acaba de barruntá en laz interioridade interna de adentro de la mina, otro filon que, zalva la parte, tendrá así como dossiento kilometro é longitá, por media legua cuadrá de gordo, con má antimonio que hay en toas las botica é Sevilla arrejuntás, y más prata que la custodia é la Catedral. Zemejante circunstancia ó alternativa nos jase quearnos aqui de sentinela, sin pegar ojo ni de noche ni de dia, porque unos alemane, que ha remitio aqui Bismar, paese que lo han ollo y han empesao á barrená er zuelo por la parte de Zalamanca, pa ver zi nos cojen po la trazera y se cargan con er filon. Quiere ersirse que con jarta melancolia y pezaumbre de mí mismo, no me é pozible el abrasaros ahora tan pronto, pero en cuanto que aseguremo er filon, sus é de dir á ver, ma fijo que Dió, porque ya zabeis que no hay marío ni papá ma amorozo y durse pa vozotro, pedasito é mi arma, que este vuestro padre, que sa vuerto calvo y sa filo, como er deo meñique, por discurrí pa que no sus farte el pan de cada dia, y yayai tan bien puzto como los hijo der mismo marqués de la Frontera.

Allá vá una libransilla pa que selebreis las Pascua, y zigais adelante, y resibi con eya una carretá de abrasos, y to lo emá, de vuestro referio

FRANSICO CASARICHE.»

El inglés Dogson dejó su pipa sobre la mesa, se puso en pié, sacó del bolsillo interior de su chaqueta un periódico doblado, lo abrió, y de entre sus pliegue salió una cartita coquetamente perfumada, que leyó de esta manera:

«Miss Kitty, Catalinita Cuacos. Pleasancia

Señ...on...rita. Labores naves minerales jasen empuseble mi verte, come tenía prom...tida. Mas, «by no means» de maniera ninguna, esto no está falt del amor «á little heart», curasonito mia. Mi, fortemente desea ona mirada, «glense» de oste, moy jermosa Kitty, mujer que estará luego de tu Lucás, ingeniero menor. Perdon me será cons...dida «in every way» todas maneras, per la enpresendible alejamiento de este, exegentes mnerals colpabls réntension en aquí de la mina. I yo moch, mochismo querlerla Catalinita, bien complidamiento que así mism «el amloved» soy amade de osté. Pero, aunque, si embargo, de que, no obstante, no voy hora mismo «presently», mí será pronto á Pleas...sancia, gustoso, señ...ora mamá, señor padre, complidamente visitar arregl...mento casamenta dentro año veni...dere. «God bless you!» Kitty, moy señ...on...rita mia.

Amorously. LUOS DOGSON»

El vizcaino, Josechu Piper, que oía al inglés con la boca abierta, sin comprender una sola sílaba, dijo rascándose el cogote, cuando aquel terminó la lectura:

—Pues si el Catalin te sacas de ese esquila el sustancia que yo has sacao, presco te quedas señores!

—A ver, á ver, Piper, léenos la tuya,—exclamé yo, deseando disfrutar de la endemoniada y archicelebrísima sintáxis del contratista.

Este desdobló un pliego de papel con barbas, un tanto manchado de pólvora, que tenía escondido entre el chaleco y la chamarreta de lana, se restregó lo ojos y nos disparó la siguiente epistola:

«Míñas de los antimomios de Mirabel, ogetabat de mes de Gabón.

Señora madre, nere amacho maitea: Para que te conoscas usté, el prefetamente bien que esquirbes castillano erromanse, voy poner esta carta castillano limpio en los Estremaduras; «currino» muy léjos que te estás, miñero de contratista; dies meses que no te ves usté, mil años y más me pareses y corazon «darrí» de los tristezas tengo. Pues, la ingeniero te empeñas que Gabón, el Noche-buena, aquí hemos de haser y, cuando él te mandas, carchutera de cañon te metes, y silencio hay que estar, «Barriqueta guchi».

Muchos léjos estar Ochandiano. á

patata para andar, aunque alparnetas te pones; y unos frios te soplas, que el nariz, pimenton rojo como de punta te vuelves; si un catarro en camino de pulmonías me metes adrento, ni sangrador de sirujano sacar, erreventas; sin Josechu te quedas usté y agrur.

Ahora pronto, carroferrill harán aquí serca y, arin arin metido la terseira, barato me cneatas; pronto te llegas, majo verás la tu hijo, dies arrobas y más de grande, con la errico viño que te bebes en los Estremaduras, erriquisimo pernil, morsillas mañificos, unos grandes, otras más chiquitos que los grandes, tierra hermoso ser esto para el tripa á lo menos.

¡Ay amacho! Asco, mucho te piensas yo en los gabones de noches buenas, de los fraguas de Ochandiano! Allí elimonada que te bebes, tambolin que te baillas, nescachas bapas, trensas [colgando de cocote hasta los pantorrillas; casar yo tambien ya nesesito, y Mari Peregil de Aramayona, si te encontras usté algun vez, que en los erromerías de San Antoníños de Urquiola, desirle, pronto, pronto, hablar haremos; y erregularmente, si usté le conviene y él su madre tambien, boda de chupinasos y errepiqueote y anrrescos, y todos los chinchirrimancharrerias del punsion haremos. Sesenta y cinco, iruroqueta host, onas de oro, gordaos ya tengo pues, petrina escondido pellejo de tripa ensima puesto, con el paja y camisa tapao.

Este miña de los antimomios muchos bujeros, súlus, adrento del tierra hasemos y conti más te metes, más mineral le sacas; errelusiente como el plata ser; pa que vales no sé, boticarios de purgas diarreas, ó así dises que le sirves y tambien letras de plomo de imprentuleros mesclaos. Bastantes diñeros le vales ingeniero; y á mí contratista tambien buenos duros te voy metiendo pa mí en el patriquera.

Agur pues, amacho; memorias y espresiones darla á mi hermana Erramona has de haser usté, y al Pachico trabenero tambien, y al maestro don Urruperto pamparrista tambien y al primo Chomiu-chiqui tambien y á todos tambien.

Errésale mucho Jangoicná, que te conservas bueno la hijo, de miñas contratista y carlista betibat,

JOSECHU PÍPER DE PURRASALDA.»

En cuanto empezó esta lectura el de Ochandiano, le acometió tal hipo de risa á Casariche, que se salió fuera de la estancia á desahogar las carcajadas, que le ahogaban. Yo lloraba á lágrima viva y me moría los labios por no poderle resistir, y Dogson se ocultó la cabeza entre las manos y miraba asombrado por entre los dedos, al vizcaino, como quien siente pasar por delante de sí una deshecha borrasca.

Unas cuantas cañas de *San Cristobal*, coronaron la sesion, y despues convimos en que Casariche fuera al dia siguiente á Cáceres á copiar los regalos de Navidad; y Josechu á Logrosan á recibir un envío de mechas y barrenos.

III.

Los pavos, capones, conservas, mazapanes, fiambres, dulces de Vitoria, quesos finos, peladillas, turrones y botellas llegaron el día de Navidad por la mañana. Mi ama de gobierno Chona, desocupó la mesa de mi despacho y allí alzó, con el envío, una torre Eiffel de golosinas. Mientras contemplaba yo el monumento, figurándome los buenos ratos que nos esperaban, entró un muchacho minero, á entregarme una carta, que decía así:

«Mister don Nicolás: Dear Sir. Me soy arrastrado por el amor de Catalinita. Perdon pues. Voy Plasencia pasar Christmas. Ya tiene oste compania de Piper é Casaricha. Till to-morrow. Your obedient servant. Dogson.»

—¡Un borracho menos!—exclamé al enterarme de la escapatoria del inglés;—¡pero qué he de hacer si se trata de un hombre enamorado!

Más en cuidado me puso el que, llegada ya la media tarde, no volvieron el vizcaino, ni el andalúz. Chona se agitaba muy afanosa disponiendo la colacion, y yo, asomado á la terraza delantera de mi casa, sobre la cumbre del monte, atisbaba con mis gemelos los caminos de Cáceres y Logrosan, volviendo de un lado á otro la cabeza, para ver si venían. Al anochecer llegó el correo, y entre la correspondencia, encontré, asombrado, las dos cartas siguientes:

«Señor ingeniero: Le he mandado desde Cáceres todas las golosinas, que son de lo mejorcito que hay aquí. Que aprovechen, en compania de Josechu y de Dogson. Yo no puedo resistir los llamamientos que hacen á mi corazon

mi mujer y mis hijos. Puesto que ya tiene usté buena compania, me voy á Sevilla, con su permiso. El 2 de enero volveré. Su muy atento subordinado, q. b. s. m., J. Casariche.

«Señor don Ingeniero Nicolás: Ya que me estás hoy más serca de Ochandiano que ayer, voy echar un escapada á pasar Gabón con el madre. No te enfadas usté, señor. Ya tienes la chistoso Casariche y la inguilés Dónchon juntos, para echar unos errisas los tres, usté y los dos. A cada besugo ya searán este noche, seguro. En los Erreyes volver haré. Su amigo contratista, Piper.»

Quedé mudo de pesar al verme solo, en la noche famosa. El cielo parece que se habia desplomado sobre mí. No pude leer el resto de la correspondencia y permaneci largo rato contemplando, como se contempla el bien perdido, la torre de manjares y botellas que tenia delante de mí y que varias veces estuve por derribar á bastonazos. Chona vino á sacarme de mi abstraccion, diciéndome muy alborozada:

—¡Señorito, venga usted á la cocina y verá qué fuente de truchas he preparado, y qué langosta y qué langostinos!

—¡Vete al diablo tú y la cocina!—exclamé desesperado;—hoy no cena aquí nadie.

—Señorito ¿está usted loco? Pues ¿qué ocurre?

—Que Josechu, Dogson y Casariche se han ido cada cual á su pueblo, á celebrar la Noche Buena y me han dejado solo.

—¡Vaya un Belén, señorito! ¿De modo que nuestro nacimiento se ha quedado sin los tres Reyes Magos? Y qué vamos á hacer con la cena?

—Tírrala por la ventana.

—Pero, señorito de mi alma, aunque sea solo, cene usted.

—No ceno, ¡ea! cena tú lo que quieras y déjame en paz.

—¡Vaya un belén, don Nicolás! yo no puedo consentir eso, señorito; tomará usted un platito de coliflor, que está como la nieve de blanca, una trucha, un poco de besugo, un...

—Soliman es lo que voy á tomar, á ver si revienta de una vez. ¡Quítate de mi vista!

Chona salió escapada de mi despacho y á los cuatro segundos volvió con el servicio de mesa; lo arregló sobre un velador que habia en el centro de la habitacion, puso sobre él, en una fuente pequeña, la humeante coliflor, llenó de vino una copa, y me dijo:

—Señorito, yo no puedo consentir que se quede usted hoy sin cenar. Aquí está la cena; he cumplido con mi obligacion. El Cid le acompañará. Mire usted cómo me entiende lo que digo y cómo le acaricia.

El Cid era un colosal mastin de merineros, que me guardaba la casa y que acompañaba á Chona en sus recados á los pueblitos inmediatos. Mientras hablaba Chona, el hermoso animal me lamía las manos y me daba con el hocico en las piernas, como si me rogara tambien que me sentase.

Me senté, pero no pude probar bocado. La profunda pena de mi soledad me habia corrido un nudo en el corazon y en la garganta, que no me permitian abrir la boca. Chona retiró la verdura y me trajo un par de truchas, magistralmente aderezadas. El Cid se comió una; y yo, apenas pude gustar un ligero trozo de la otra. El frío que sentia en mi espíritu, se cambió pronto en ardor en la cabeza, y sentí sed. Destapé una botella de manzanilla y bebí. Placíame el vino tanto como me repugnaba la comida, y bebí hasta apurar la botella. Chona, que me contemplaba con creciente curiosidad, exclamó:

—Si no come usted algo, le va á hacer daño el beber tanto, señorito; ¿qué quiere usted que le traiga?

—¡Nada!

—Nada más de pesca, ni de fritos, ni de salsa; pero, bien ¿querrá usted alguna pasta, ó tarron, ó galleta?

—¡Nada!

Sin hacer caso de mi negativa puso Chona, delante de mí, diferentes platos con dulces, y me dijo:

—Señorito, yo, despues de cenar, me voy á ir al barrio de los mineros. Esta noche hay gran baile, y todas las muchachas me han convidado. ¿Me da usted su permiso?

—Vete adonde quieras y cuando quieras.

—Y diga usted, señorito; ¿y usted que se va á hacer aquí solo?

—¡A ti qué te importa? Vete al baile y procura dejar bien cerradas las puertas cuando vuelvas, porque yo estaré ya acostado.

Chona salió á cenar y yo destapé otra botella de manzanilla, empapando en la copa algunas galletas finas de Skhitown Pylringhton. Diez mi-

nutos despues, Chona dió un portazo, y tomó el sendero que baja á Noles, seguida de su compañero Cid.

Para coronar mi noche de mortal aburrimento, mientras fumaba y bebía, abrí un tratado de química: el Ditte y Guntz del *Uranio, Estaño y Antimonio*. No pude leer, porque las letras, las figuras y las fórmulas bailaban delante de mis ojos, como si sintieran el guitarreo y los cantares del barrio de Noles. Arroqué el libro á un rincón y salí á la terraza de la cumbre, para ver si se despejaba la cabeza. Al mismo tiempo que yo, salieron desesperados, por entre mis piernas, los dos gatos que tenia en casa, excitados por una tremolina de desgarradores maullidos y de furiosos resoplidos, que los gatos de la vecindad armaban en un tejado de enfrente.

Nadie quedó en mi casa en aquella Noche-Buena; ni amigos, ni criada, ni perros, ni gatos. Sólo yo, misero de mí, quedé en aquella altura, como si no perteneciera á la hrmanidad; sin novia á quien querer, porque las matemáticas y la química me habian secado el corazon y la mollera; sin familia á quien acompañar, porque en mi egoismo de solteron científico no la habia formado; y sin amigos, porque todos ellos estaban en aquella hora gustando de las dichas inefables del hogar, en sus pueblos, lejos, muy lejos de la vida selvática del hombre, á quien hacen desgraciado la ciencia y el negocio, es decir: el orgullo y el egoismo.

Me senté en una piedra de la terraza y contemplé el triste cuadro de soledad, que me rodeaba. En el vasto horizonte que se estendia ante mis ojos, densas nubes negras cubrian el cielo, y sólo allá al Oriente, en un claro, brillaba esplendorosa una estrella, que no era seguramente la de Belén, pero sí la de mi infortunio. El airecillo helado, al soplar en aquella altura, parece que aniquilaba todo rastro de animacion y de vida, y aunque á mí no me alivió del ardor que sentia en mi cerebro, penetró por la puerta entreabierta de mi despacho y apagó la luz de la lámpara, dejando mi casa á oscuras. Desde abajo, desde el vallecito donde se esconde Noles, subian hasta la cumbre los alegres rumores del baile de los mineros, el acompasado ritmo de las guitarras, los ecos de los cantares y de las risotadas, y el batir de las palmas de los de los corros. Al través del resplandor de las luces, que fulguraban entre la negrura de las casas, sumidas en las tinieblas de la hondonada, acertaba yo á distinguir cómo se movian y pasaban y repasaban los bultos confundidos de los que bailaban. Dominando á la armonía y al movimiento del barrio la torre de la iglesia dibujaba su negra espadaña sobre todo el conjunto, y en sus huecos dabau vueltas y vibraban alegremente dos campanas, tocando á Gloria y convidado á la misa del Gallo. En el resto del paisaje veia yo las siluetas cortadas de la sierra; líneas informes en el suelo, que marcaban el curso de los barrancos; algunos rastros blanquecinos que se perdian á lo lejos, que eran los senderos, y á diferentes distancias, montones de masas oscuras, que eran pueblos, mirándome con sus ojillos brillantes, que eran las luces de otros tantos hogares llenos de alegría.

Todo el mundo festejaba la Noche hermosa menos yo. Todos sentian el calor de la fe y del cariño menos yo. Todos se habian emancipado del horrible castigo de la soledad menos yo. Mi Navidad anterior habia sido bastante parecida; mi Navidad próxima seria seguramente igual. ¡Misero de mí! Me decidí á no celebrarla y á terminar aquella. Entré á tientas en mi despacho y busqué sobre mi mesa el revólver. Mucho trabajo me costó el dar con el arma, porque el suelo se tambaleaba y la habitacion giraba en torno mio. Al fin, introduje el cañon en mi boca y se me figuró que el disparo duró, por lo menos, tres minutos. ¡Caf no sé cómo, ni en dónde, pero, recuerdo que caí.

A la mañana siguiente, dia de Plasencia, me encontré vestido sobre mi cama. Serian las doce cuando Chona abrió la puerta y se puso á escuchar, si yo dormia ó no.

—¿A qué hora viniste anoche?—le pregunté.

—A las doce y media, señorita, despues de misa.

—¿Y dónde estaba yo?

—Debajo de la mesa, señor; y así verte así, te cogí en brazos, te puse en la cama, le tapé con su manta de viaje, y me fuí. ¡Buena Noche-Buena, señorito! ¡Buena Noche-Buena!

—No encontraste un revólver á mi lado? —No me fijé; pero ¡Dios mío! ¿qué fué usted á hacer con el revólver? —Vete á mi despacho, á ver si está en el suelo, donde me encontraste. —Chona salió, y volvió despues, riendo y gritando: —¡Señorito! Allí, en el suelo no hay más revólver que este. Y puso en mis manos una botella de anisete Marie Brizard, completamente vacía.

RICARDO BECERRO DE BENGOLA.

LA NOCHE-BUENA

Esta noche es Noche-Buena la mejor noche del año.

El Sol, desde el horizonte, lanzó sus postreros rayos, y la noche, poco á poco, estendiéndose va su manto. La brisa tornóse en viento y arrastra por el espacio gigantescos nubarrones, que, en grupos de cien tamaños y formas de mil caprichos, van el cielo encapotando. Todo, por fin, se oscurece, reúnen los nubladros, y la nieve, copo á copo, el suelo va tapizando. ¡Por qué con tan mala noche, de la villa el vecindario por las calles y las plazas grita con son desemplado: Esta noche es Noche-Buena, la mejor noche del año? Es que celebra gozoso de diciembre el venticuatro, noche en que nació el Mesías, de Belen en el establo. Por eso júbilo y fiesta, por eso danzas y canto y por eso mil comparsas, el mal tiempo despreciando, recorren la villa toda y á porfía, sin descanso, hacen sonar los rabeles, tamboriles destemplados, las panderas, las zambombas, y otros instrumentos raros, que solamente en tal noche hay quien se atreve á tocarlos.

Mientras que así por las calles sigue el pueblo á borbotando, el interior de las casas presenta distinto cuadro.

Allí, en un rico edificio, tras sus paredes de mármol, suntuoso salon se encuentra, profusamente alumbrado por mil bujías, que ardiendo en preciosos candelabros, perfuman aquel ambiente que aspiran con entusiasmo, alrededor de una mesa, á la que se hallan sentados caballeros del gran mundo y señoras de alto rango, que con sabrosos manjares la noche están celebrando. Y entre el ruido de las copas, la fragancia de los platos, el chispear de los vinos, las risas, brindis y aplausos, óyese con algazara repetir de cuando en cuando: Esta noche es Noche-Buena, la mejor noche del año.

En una pobre guardilla se ve, al resplandor opaco de una vela amarillenta, que lanza sus tristes rayos desde una botella rota, una mesa y un escafío, dos sillas de paja viejas, un catre desvenajado con un jergon y una manta, ó, mejor dicho, un guñapoz sobre el lecho, en la pared, hay un viejisimo cuadro que representa á la Virgen milagrosa del Amparo, y ante la imagen, de hinojos, dos infelices ancianos, fervorosas oraciones entonan, así exclamando: —Madre mía, Virgen Santa, consuelo del desgraciado, mitiga ya nuestras penas, enjuga ya nuestro llanto y haz que vuelva de la guerra nuestro hijo idolatrado. —¡Ay! María—dice el viejo, la plegaria terminando,— ¡qué será de nuestro Pepe? Te acuerdas cómo, otros años, cuando estaba con nosotros, gozaba esta noche?

—¡Fallo! —No mentes tú mis pesares, que ya sufro demasiado, solo al pensar que nuestro hijo está el pobre arrojando en la guerra mil peligros... —Peligros bien arrojados que al padecer por su patria los hijos del pueblo hispano. Sólo cumplen con la herencia de gloria que les legaron nuestros rebles ascendientes. —¡Hijo mío!

—Tu quebranto mitiga, calma tus penas, la Virgen nos ha escuchado y Pepe volverá pronto de sus padres á los brazos. En silencio los dos viejos pensativos se quedaron, y una lágrima vertieron por su hijo idolatrado.

La nieve sigue cayendo, el frío sigue arrojando, el viento sopla más fuerte y el sereno, acurrucado en el cielo de una puerta murmurando, de cuando en cuando: —No puedo coger el sueño, hace una noche del diablo. En el reloj de la villa

da la una menos cuarto; en las iglesias entonces da fin la misa del Gallo y hasta el alba, por las calles, sigue la gente gritando: Esta noche es Noche-Buena, la mejor noche del año.

FEDERICO JAQUES.

CUERVO

(CONCLUSION.)

XI

Anton el bobo y Cuervo se habían conocido en un entierro, al borde de una sepultura. El duelo, aunque se despedía en el cementerio, según rezaban las esquelas, se había quedado atrás, muy atrás, por no atreverse con el lodo de la carretera, y como en Laguna no iban todos á las entierros, solo los valientes, los verdaderos aficionados habían osado llegar á la lejana necrópolis, como llamaba el diputado eléctrico al camposanto.

Los curas, que se despedían siempre del difunto en la casilla del resguardo, habían vuelto la espalda al que dejaban entregado á la Justicia ultratélica; y el carro fúnebre con la gente de servicio y un criado del difunto habían emprendido cuesta arriba el fin de la jornada.

Anton el bobo se detuvo para doblar los pantalones, que no quería manchar de barro, y al levantar, sonriendo, la cabeza, vió que un señor que parecía un clérigo vestido de paisano, le imitaba y sonreía también.

Y los dos, sin hablarse todavía, con los pantalones remangados, siguieron al muerto. Poco despues, cuando el capellan del cementerio rezaba las últimas oraciones al que había bajado al hoyo, atado con sogas de esparto, Cuervo y Anton volvieron á reunirse, sonriendo otra vez los dos al decir Amen á los latines del clérigo. Y al mismo tiempo, Cuervo y Anton se inclinaron hacia la tierra para coger terrones amarillentos y pegajosos que besaron y solemnemente dejaron caer sobre la tapa del féretro.

—Retamba, eh?—dijo Anton el bobo, acercándose familiarmente á Cuervo, riéndose francamente y tocando en el hombro á nuestro protagonista.

—Sí, retamba,—contestó Cuervo, que acogió con simpatía la familiaridad y la observacion de aquel desconocido.

El bobo repitió la esperiencia; arrojó otro pedazo de tierra húmeda y pegajosa sobre la caja y volvió á decir: —¡Retumba!

Salieron juntos del cementerio, y cuesta abajo, camino de Laguna, se hicieron amigos.

Les parecía imposible no haberse encontrado antes. Recordaban entierros famosos á que los dos habían asistido. Y nunca se habían visto. Tenían los mismos conocimientos en la sociedad de curas y sacristanes, enterradores y demás personal de la administración de la muerte.

El tonto discurría perfectamente en materia de servicios fúnebres. Cuervo apoyaba con sinceridad todas sus afirmaciones. «Sin duda hablaba de memoria, repetía lo que había oído.» Ello era que en la absoluta indiferencia con que Anton miraba el doloroso aparato de la muerte, y en el placer con que saboreaba los elementos pintorescos y dramáticos de los entierros, Cuervo veía un espejo de sus aficiones, ideas y sentimientos.

Era Anton un mozo de treinta años, pálido, afeitado, como Cuervo, de ojos apagados, y llevaba el hongo negro, flexible, metido hasta las orejas; sobre los hombros encorvados, había siempre colgada una esclavina azul, muy larga, con broches de metal blanco. Supo de Angel que su amigo vivía de sus rentas, que le administraba un tío curador, y que todo el tiempo hábil lo invertía en contemplar ceremonias religiosas, prefiriendo siempre, las de carácter fúnebre.

Desde aquel día casi siempre se dieron cita para el entierro de mañana. Anton, más desocupado, era el que solía avisar dónde había difunto. La delicia de ambos era un buen funeral en la aldea.

—Don Angel,—decía Anton, acercándose á su compañero con misterio,—mañana uno de primera en Regatos, ¿voy á buscarle?

—Bien, ¿á qué hora? —A las cinco; hay legua y media... —Corriente; llevaré liga.

Y poco despues del alba, al día siguiente, salían al campo, por trochas y senderos, pisando la yerba mojada, alegres como los pájaros que cantaban en los árboles y como las flores que sacudían al tropezar con ellas las faldas de la levita al Cuervo y la eterna esclavina de Anton. Como tenían tiempo de sobra, no iban derechos á Regatos, sino los rodeos que determinaban los azares de la caza con liga, una de las aficiones secundarias de D. Angel. Por hacer algo, iban preparando varas; las dejaban sobre los setos, entre las ramas de los árboles, y se retiraban á esperar el resultado de sus asechanzas; si los pájaros tardaban en caer... mejor para ellos. Cuervo y Anton seguían adelante. Lo primero era lo primero. Los dos mostraban impaciencia y abandonaban las varas á

la suerte. El caso era llegar al entierro.

Siempre eran bien recibidos; casi siempre esperados.

Cuervo veía en la sencillez de las costumbres aldeanas una franqueza y sinceridad muy conformes con su manera de entender las cosas relativas á la muerte. Por de pronto, el aspecto de la casa mortuoria era muy semejante al que la misma podía ofrecer el día de fiesta de la parroquia, si el amo era factor, ó esperaba convidados de categoría.

En la cocina, en la antojera, en el huerto, señales alegres del próximo festín; mucho hervor de pucheros, la gran olla en medio del hogar, como dirigiendo el concierto de bajos profundos de los respetables cacharros, cuyas tapas palpitaban á la lumbre; la cocinera de encargo, la especialista, Pepa la tuerta, del color de un tizon, arrogante, mal humorada, sin contestar á los saludos, activa y enérgica, dirigiendo á los improvisados marmirones y á las marirones de por vida; postrimeros ayes de algun volátil, víctima propiciatoria, que hablará de estar guisado á la hora de la cena, espectáculo sucesional, aunque trágico, de patos y gallinas reunido en crueles calderos, asomando picos y patas, como en son de protesta, entre las llamas, ó bien dignos, solemnes, en su silencio de muerte, atravesados por instrumentos que recuerdan la tiranía romana y la inquisición; ó suplicios sobre aparatos de hierro que son símbolos del martirio, capones y perdices más tostados que otra cosa, que parecen testigos de una fé que los hombres somos incapaces de explicarnos; allá fuera restos de la res desmenuzada; las pieles de los conejos, el testuz del carnero, las escamas de los pescados, las plumas de las aves, las conchas de los mariscos, los desperdicios de las legumbres: y por todas partes buen olor, un ruido de cucharas y vajilla que es una esperanza del estómago; cristal que se lava, plata que se friega, platos que se limpian... y todo por el muerto! Por el muerto en quien no piensa nadie sino como en una abstraccion, como se piensa en el santo el día de la fiesta.

Verdad es que allá dentro lloran. Son las mujeres. ¡Ay mio Pachu del alma!... ¡Por qué me dexaste, Pachín del corazón!... Bueno, bueno; no hay que hacer caso, piensa Cuervo. Así es la aldea; mucho estrépito. También gritan cuando están en la llosa arrendando, y corren el cadrito, con una alegría que en el fondo no tienen. Esto es como el ijui de las romerías. Ni aquello es tanto placer como parece, ni estos lamentos que atruenan el espacio son tanto dolor como quieren indicar. Restos de costumbres paganas; ya no se usan las planifaderas y hacen sus veces las mujeres de la familia. No hay que hacer caso. «¡A la sala, Anton, á la sala! Allí están los señores curas.»

¡Cómo respeta y admira Anton al clero parroquial! Casi tanto como á los señores del cabildo.

Cuervo es acogido por los párrocos y coadjutores, capellanes sneltos y sacristanes como un compañero; Anton como un saínete muy oportuno. Blancas sobrepellices, manzanas en las mejillas, dentaduras formidables, risas homéricas, salud, espontaneidad, un hermoso egoísmo sin disfraz, comunicativo, simpático á los demás egoísmos.

—¡Vaya! ¡vaya! el señor Cuervo. Tome una copiquina, grita Sebades— cada cura se llama como su parroquia;—y allá el Jerez al gaznate.

Se pregunta mucho por la salud de todos, y por la prosperidad y trances de la fortuna.

—«No se siente junto á la puerta, que viene sudando.»

«Valiente pedanton y majadero y framason sería, piensa Cuervo, el que censurase á estos benditos varones, porque rien, y beben, y están contentos cuando van á cantar el gori gori á un difunto. ¿Y qué? Cuando pueden ellos verse en otra... La mayor parte del año aislados en su parroquia, sin ver una persona decente durante semanas, llenos de trabajos, asistiendo á los moribundos de noche, haya nieve, hielo, ladrones y fieras ó no, á leguas y leguas de distancia... ¿Por qué no han de alegrarse, cómo no han de alegrarse cuando se muere un Pachu de estos, que deja mandado un entierro de verdad, como una boda? Van á comer bien, como no suelen; van á tener conversacion de amigos y compañeros que casi siempre les falta; van á echar un tresillo, que constituye sus delicias; van á cobrar una buena pitanza, que les viene de perlas; ¿y han de estar tristes? ¡Porque se ha muerto uno! ¿Pues no se han de morir todos? Usted, señor framason, que censura, ¿no lee todos los días en los periódicos noticias de grandes desgracias, de horrendas catástrofes? ¿Y cómo se queda usted ¡tan fresco! Ayer, que el río Colorado, en China, se llevó de calle más de cien pueblos con millares de millares de chinitos. ¿Y qué? Usted, framason, al teatro. Hoy estalló el gas de una mina y ahogó á quinientos trabajadores que dejan quientos mil huérfanos, ¿y qué? Usted, á paseo. Y porque esos millones de muertos estén lejos, no se vean, ¿dejarán de ser próximos?... ¿Sabe usted, señor aseo, por qué estos señores curas no sienten ya

el olor á difunto? Porque su sagrado ministerio los obliga á vivir siempre pegados á la muerte; demasiado saben ellos que morir no es un arco de iglesia; y además, no hay dolor que resista al uso, no hay pena que no se desgaste, como se gasta el placer. ¡Hipócritas! ¡Fariseos! Nosotros, los que manoseamos la muerte, los que enterramos vuestros difuntos, hacemos algo útil sin sentirlo; y vosotros, que sentís tanto, no hacéis nada de provecho. Los muertos quedarían insepultos, y habría pestes sin fin, y se acabaría el mundo si todos fuésemos sensitivos como vosotros. Vade retro. Venga otra copa, señor arcipreste.»

Y al cementerio. Delante la cruz y los ciriales, detrás la caja y luego, en dos filas, el coro de la muerte, el coro trágico, que calla á ratos, mientras habla el misterio de ultratumba allí dentro, en la caja, sin que lo oigan los del coro, como en el Palacio de Agamemnon, mientras Orestes asesina á Egisto no se oye nada... Y vuelve el coro á cantar, á cantar los terrores de la muerte; terrores de que no habla la letra, á que nadie atiende, pero de que hablan las voces cavernosas, el canto llano el aparato fúnebre.

Y dicen los amigos de Cuervo: Benedictus Dominus Deus Israel; quia visitavit, et fecit redemptionem plebis suce.

Et erexit cornu salutis nobis in domo David pueri sui.

Sicut locutus est per os Sanctorum...

Y en tanto los pájaros en los setos de la calleja y en los árboles de la huerta trinan, gorgoan, silban y pian; las nubes corren silenciosas, solemnes, por el azul del cielo; la brisa cuchichea y retoza con las mismísimas ropas talares del acompañamiento de la muerte; y Anton y Cuervo, en el colmo de un delirio, oyen como extáticos, como en sueños, el run run del Benedictus, los sonidos dulces y preciosos de la naturaleza que, como ellos, ve pasar la muerte, sin comprenderla, sin profanarla, sin insultarla, sin temerla; como albergándola en su seno, y haciéndola desaparecer cual una hoja seca en un torrente, entre las olas de vida que derrama el sol, que esparce el viento y de que se empapa la tierra.

FIN.

CLARIN

HIJO Y PATRIA

De pronto todo quedó en silencio: cesó el huracán de arrancar hojas á los árboles, de azotar las ruinosas viviendas, de levantar torbellinos de polvo, silbando sordamente; cesaron los gritos, cesaron los ayes, cesaron, en fin, todos los ruidos, y el cañon cesó, igualmente, de publicar con su ruego estampido el furor y la ira de los que, vencedores en cien lides, se veían humillados ante las frágiles montañas de una aldea española.

El sol se había ocultado, y tras él la luz del día iba huyendo hacia Occidente, como si anhudara que las sombras encubriesen la hecatombe producida por las pasiones humanas, para evitar á la Historia el tener que grabar en la del vencedor de Austerlitz una nueva escena de desolacion y espanto en sus sangrientas páginas.

Cuando la hureada ocasionada por la pólvora se disipó, las estrellas esmaltaban el firmamento. Un día más, que terminaba para los habitantes de la aldea, llevándose consigo sus últimas esperanzas y dejando, en cambio, la tierra poblada de cuerpos sin vida y las almas abatidas por el desaliento y el dolor. Vivos que parecían muertos se deslizaban, sin hacer ruido, por las tortuosas calles sembradas de escombros, como si les pareciera el rumor de sus pasos una profanacion del silencio que reinaba, interrumpido tan solo por los lamentos de los heridos ó por las frases de desesperacion de las mujeres que, al dirigirse, sin saber adónde, en busca de alimento para sus familias, tropezaban con bultos medio ocultos en la sombra, y en los que reconocían quizá á un hijo, que con mano trémula se agarraba á una reja para no caer; á un hermano que pedía auxilio, á un padre que espiraba.

Obedeciendo á una fuerza análoga á la que en el mundo físico atrae y renne las moléculas, las mujeres, los ancianos y los niños se agrupaban en la plaza alrededor de aquel puñado de valientes, héroes oscuros é ignorados, que eran su última esperanza. Ni una sola boca, sin embargo, pronunciaba palabras de desaliento; ni uno solo tampoco de los allí reunidos trataba de liberar su vida de una muerte cierta, á cambio de abandonar lo que con sublime arrojo habían defendido; nadie hablaba de rendirse, nadie pensaba en salvarse, aunque bien comprendían la inutilidad de sus esfuerzos, lo estéril de su resistencia.

¿Qué obstáculo podrian oponer al ejército extranjero sin víveres, sin municiones y casi sin armas? Ninguno, no, ninguno; ¿para qué engañarse á sí mismos? ¿para qué forjar locas ilusiones? Pero no importaba: resistirian

aún, y sólo sobre el cadáver del último habitante de la aldea lograrían las fuerzas enemigas penetrar en el desfiladero que, abriéndolas paso á través de las altas montañas, las haría dueñas de los llanos que á sus pies se extienden y con ellos de la comarca entera. No lograrían esto sino pagando caro su empeño, disputando palmo á palmo la tierra en que avanzaran, viéndose en la precision de rendir tantas fortalezas como moradas hubiese sin destruir, teniendo que ganar tantas batallas como cerros conservasen un hábito de vida.

Llevados hasta el delirio por el fanatismo de una idea, los habitantes de aquel pueblecito, situado entre las vertientes de dos altos y escarpados cerros, habían opuesto un dique infranqueable á un ejército numeroso, y los montones de piedra y arena de la destruida muralla parecían aún una frontera, un límite, que les decía con desdén, al comparar su fragilidad con el poderío y la fuerza de su adversario: «Hasta este sitio llegaste: no pienses avanzar un paso más».

Su sistema de defensa, irregular y exento de táctica, habia desconcertado á los franceses, por lo mismo que no obedecía á un plan preconcebido, que fácilmente pudiera adivinarse; y ellos, que pensaron no encontrar en aquel sitio más que un lugar abandonado, llevaban días y días sin lograr destruirle y abrir paso á las fuerzas de caballería que formaban casi todo el ejército y que sólo por el desfiladero podían atravesar la cordillera para ir en auxilio de los sitiadores de la ciudad cercana que, en vista de su heroica resistencia, iban á verse precisados á levantar el cerco.

El frío y el silencio de la noche, al par que las mil escenas de dolor y muerte que les rodeaban, calmaron algún tanto la excitacion de los ánimos é hicieron surgir la reflexion en aquellos cerebros embriagados por la sublimidad que, como ellos, ve pasar las acciones admirables. Tenían que rehuir todo ataque de frente y en campo descubierto: en adelante, su táctica debía reducirse á sostener una resistencia pasiva, pero firme: nada de arriesgadas luchas ni de escaramuzas parciales; los pocos que quedaban no podían arriesgar una existencia preciosa para todos. Por esto tambien era preciso abandonar las brechas abiertas junto á las vertientes de los montes, y reunidos defender las que se hallaban frente á frente del enemigo: las del centro del valle, que eran las que pretendían ganar para abrirse paso.

Tomadas estas determinaciones se disolvió el grupo y las calles comenzaron á verse pobladas de sombras, que entre las sombras caminaban. Unos, muy pocos, se dirigieron á custodiar la parte de la muralla que aún se pensaba defender; los más se ocuparon en la piadosa aunque triste misión de enterrar algunos de los cuerpos que permanecían insepultos; otros en trasladar los heridos á sus casas, y el heroísmo, que durante el día se había albergado en la aldea, cedió su puesto á la caridad, que produjo cuadros y escenas indescribibles, como es todo lo sublime y sobrenatural para la pobre pluma del hombre. Mas, por desgracia, la abnegacion de unos y otros era impotente, por carecer de los medios necesarios, para atajar los desastres causados por el plomo enemigo, para cicatrizar las heridas de los moribundos, para aminorar las torturas de los hambrientos.

Los medicamentos y los víveres estaban agotados: varias veces, en los últimos días, habían salido en busca de unos y otros á los pueblos cercanos; pero los sitiadores de la ciudad vecina habían hecho pagar con la existencia el arroyo de los que se sacrificaban por sus compañeros, y, por lo tanto, los gritos de angustia de los que pedían bálsamo para sus dolores, ó pan con que reanimar sus fuerzas, eran contestados con frases de desconsuelo de los que tenían que negarles ambas cosas.

Atento cada cual á sus desgracias, sumidos unos en la desesperacion y excitados otros por un ardor febril, que les conducía á la locura, una vez instalados los heridos en sus moradas, nadie pensó más que en sus desdichas, y cada cual quedó á solas con sus pesares. Aquel fué el momento más horrible; hasta entonces, la perspectiva de las ajenas desventuras mitigó las propias algún tanto; pero entonces, en el silencio de la noche, turbado tan solo por los que removían la tierra que iba á ocultar para siempre á los seres queridos; entonces, cuando no resonaban gritos ni imprecaciones, estallar los sollozos, únicamente escuchados de los que vertían un mar de llanto, más abrasador por carecer del refrigerante del consuelo, más amargo por faltar el lenitivo de la compasion.

¿Quién trataba en las horas interminables de aquella eterna noche de mitigar el duelo de una pobre madre que, á solas con su hijo herido, intentaba en vano aminorar sus sufrimientos con besos y lágrimas? En balde había recorrido la aldea una, dos, tres, diez veces en busca de un pedazo de pan que reanimase las abatidas fuerzas del enfermo; en balde tambien imploró por caridad algo. ¿El qué? No lo sabía, pero algo que pudiera devol-

verle la salud. Nada, nada: todo inútil. Como ella lo habían hecho otras muchas, retorciéndose los brazos con desesperación, y como ella también se habían visto reducidas a llorar resignadas junto á los séres queridos.

¿B esignarse! ¿y por qué? Era una cobardía á que no llegaría jamás: antes que ver morir á su hijo lo intentaría todo, todo. Por fortuna, su herida no ofrecía peligro: cuidados y alimentos necesitaba solamente, y era preciso, forzoso, imprescindible que los tuviera. ¿Qué importaban los medios con tal de conseguir su salvación?

Evocándose unas tras otras las ideas, llegaban á germinar en su mente pensamientos y planes que la horrorizaban; y espantada de la resbaladiza pendiente, á cuyo borde la conducían sus sentimientos, volvía á dejar correr sus lágrimas y volvía á rezar implorando protección al cielo contra sí misma, y volvía á poner sus labios sobre los de su hijo, tratando de comunicarle nuevo aliento, de infundirle nueva vida, y sobre todo, sobre todo, de que no pronunciara la frase que la hacía enloquecer, de que no la pidiera lo que no podía darle.

¿Qué interminables eran las horas! ¿Qué horrible el silencio de la noche! ¿Por qué no había de retumbar el cañon? ¿Por qué los enemigos no intentaban algo que rompiera la monotonía de aquella calma? ¿Quizá lograsen de ese modo arrebatar á los franceses algunas vitallas; quizá con un nuevo encuentro, en que saliesen mal parados, se decidirían á alejarse de allí. ¿Por qué no se intentaba algo? ¿Por qué esperar la muerte sufriendo aquella lenta agonía, más terrible que la de los moribundos? ¿Por qué no acabar de una vez? ¿Eran pocos? ¿Qué importaba! Las mujeres, los niños, los ancianos, todos se unirían á los improvisados guerrilleros y, con esa fuerza que da la desesperación, lograrían atrazar al ejército extranjero, que huiría... huiría despavorido, dejando en su poder el campamento, las armas, las municiones y, sobre todo, los víveres.

Llevada en alas de la imaginación, cuya velocidad á nada es comparable, aquella infeliz creía ver realizadas las hermosas ficciones de su fantasía, á su hijo restablecido, la guerra terminada, y, limpios de la sangre que los enrojeció, aquellos campos fructificar de nuevo, y renacer la dulce tranquilidad de otros días bajo el sople cariñoso de la paz, de ese don divino que es verdadero talisman, á cuyo amparo florecen las naciones y prosperan los pueblos.

¿Por qué no habían esechado sus palabras? ¿Por qué sus convecinos no seguían sus consejos? ¿Qué esperaban para dejar así pasar el tiempo? ¿En quién confiaban? ¿Qué maldito letargo había adormecido el arroyo de todos? La desesperación al pensar de esta manera volvía á sublevar su espíritu.

—Conformidad: Dios lo manda,— recordaba haber oído de labios del sacerdote, á quien siempre veneró, siempre, menos entonces.

¿Conformidad? ¿No quería conformarse! ¿Cómo había Dios de ordenarla ver morir á su hijo con los brazos cruzados y el alma resignada?

—¡Nunca! ¡nunca!—exclamaba.—

¿Primeros!... Y volvían á invadir su cerebro aquellas ideas que la hacían temblar, y olvidando las cristianas palabras del ministro de Dios, resonaban en cambio en su oído las que el jefe de las fuerzas dijo á ella y á otras infelices que le pedían pan para sus familias. «Los franceses tienen mucho; el que no se conforme, que se vaya con ellos.»

En un arranque de delirio se arrojó, como loca, á los pies de una imagen de la Virgen, y con la inconsciencia de un demente, la dirigió frases entrecortadas, implorando su amparo unas veces, otra preguntándole á ella, que también era madre, sino debía intentarlo todo para salvar á su hijo; y otras, en fin, pidiéndola que consintiera primero en verla muerta, que infame, traidora; traidora, sí, porque aquella idea que, á pesar suyo, acariciaba en su espíritu, era una horrible traición. Pero, ¿cómo desecharla, Dios del cielo, si su hijo gemía allí, junto á ella, si había de verle morir estenuado y sin que nadie pudiese aminorar sus torturas? ¿Debía consentirlo? ¿Vendría á los que tan heroica resistencia habían opuesto al invasor?

—¡Nunca!—respondía á lo primero su amor maternal.—¡Jamás!—la gritaba su conciencia.—¡Tu patria ante todo!

¿Su patria! ¿Y qué era la patria? Nada al pensar en su hijo: lo más sagrado después de Dios, al decir de los defensores de la aldea. Ella, pobre mujer, ¿que entendía de aquellas cosas? ¿Por qué comenzó la guerra? Lo ignoraba. Había oído hablar mucho de batallas ganadas y perdidas, pero no se figuraba los desastres y el luto que aquellas frases encerraban.

Después, hacía de esto algunos días, vio al levantarse una mañana, la campiña poblada de hombres armados. El pueblo estaba revuelto, unos iban, otros venían y hasta las mujeres y los niños ayudaban á los que trabajaban sin descanso en amontonar obstáculos á la entrada del lugarr.

El anciano sacerdote les escitaba

con palabras bélicas, y él fué el primero en ponerse al frente de los valerosos campesinos, hablando del cielo á los moribundos y de la patria á los que combatían. Nadie había flaqueado: todos, al caer heridos, pronunciaban con entusiasmo delirante el nombre de España, al par que los de las personas á quienes más querían: todas las mujeres habían sido las primeras en señalar á sus hijos el ejército extranjero, y secando sus ojos, en los que brillaba el fuego del amor pátrio, les decían, mostrándoles á los combatientes: «¡Aquel es tu puesto: imítalos!»

Ella misma vió con orgullo luchar al suyo como el primero; ella misma pronunció para enardecerle, frases de odio contra el invasor. Quizá le odiaba también, sin saber la causa, de una manera instintiva. Ignoraba el por qué eran aborrecidos aquellos hombres. ¿Qué habían hecho? ¿Qué intentaban? Tampoco lo sabía; pero una voz, surgiendo del fondo de su ser, la hablaba con acentos desconocidos, infundiendo en su mente la idea de que los execrados enemigos intentaban algo, y algo horrendo, pavoroso. ¿Dar muerte á todos? No; de fijo no era eso; pues si eso solo fuera, con qué placer hubiese visto entrar en la aldea á los franceses, que piadosos en su mismo furor, la quitasen la vida. No debía ser eso, porque eso era poco; sería algo más horrible: profanar sus templos, robar sus imágenes, ultrajar los sepulcros, atraer, en fin, sobre la comarca, cataclismos espantosos, que tendrían que presenciar, pues para mayor tormento, ni aun la muerte les sería posible.

Sin embargo, aunque al pensar en esto se horrorizaba de sus ideas, y lo prefería todo, á realizar su criminal intento, cuando su hijo volvía á agitarse y á pedirle pan, volvían también á resonar en su oído, cual pronunciadas por un ángel malo que acechaba el momento oportuno, aquellas palabras que la arrojaban de nuevo en el infierno de la tentación.

Los franceses tenían alimentos y medicinas y cuanto el enfermo necesitaba para restablecerse: ella podía salvarle: con revelarles que las brechas próximas á los montes habían sido abandonadas; con enseñarles el camino por donde podrían penetrar en el pueblo, de seguro la darían lo que tanto anhelaba. ¿Cómo dudaba? ¿Cómo no corría? ¿Cómo vacilaba aún? ¿Qué era su aldea? ¿Qué era su patria? ¿Qué era todo, comparado con su hijo?

—¡Madre! tengo hambre. ¿No me oyes, madre?—volvió á repetir el herido con esa tenacidad con que los niños y los enfermos exigen una cosa.— ¡Me muero!... Dame pan... un pedazo de pan...

La aludida exhaló un grito salvaje; estrechó convulsivamente al joven entre sus brazos, y, loca, desatinada, abandonó su humilde vivienda. Su exaltación daba alas á sus pies, é impulsada por un delirio febril, corría, mejor dicho, volaba, procurando evitar el encontrarse con sus convecinos. El frío que se dejaba sentir la tranquilizó algún tanto; pero al volver la calma á su espíritu, lejos de huir de él su criminal idea, cobró más fuerza y más vigor, solidificándose, por decirlo así, el torrente de pensamientos que en él bullían, como se solidificaba el agua de los charcos que la lluvia del día anterior había dejado en el suelo, bajo el influjo de la helada temperatura que reinaba.

No era ya un vértigo el que la arastraba hácia el campamento enemigo, era la resolución, firme é inquebrantable del que no repara ni quiere reparar en los medios, con tal de alcanzar el fin. Unicamente al llegar á las avanzadas del ejército comprendió lo monstruoso y horrendo de su acción; pero ya era tarde: los centinelas, viendo errar una sombra por los contornos, dieron el alto, que ella no entendió, ni pensó en contestar, y cuando más viva y fuerte era la lucha en su alma, se vió cogida por dos soldados y arastrada hácia el interior de las trincheras.

Tomándola por un espía, la hicieron varias preguntas, por medio de un intérprete, y grande fué la admiración de todos, cuando en vez de tratar de disculparse ó de implorar su compasión, se limitó á decir que quería ver al general y que era urgente y forzoso que la llevasen á su presencia.

Al fin lo consiguió. En aquel instante último de sus vacilaciones, el combate librado entre los dos sentimientos que la dictaban acciones opuestas fué, aunque corto, terrible.

—Todo antes que verle morir—se decía casi en voz alta, cual si de este modo tratase de acallar otra, tan solo de ella escuchada, pero que la hacía enloquecer, repitiendo siempre:—¡Tu patria ante todo!

Triunfó su amor de madre una vez más; habló al fin: imposible retroceder dado el primer paso: por otra parte, tampoco lo intentaba: solo una cosa ansiaba ya, volar á la aldea.

El general dudó un momento. ¿Quién le respondía de que no le tendrían un lazo? La desdichada mujer no contestó á esto; no lo oyó siquiera. Su hijo iba á salvarse, aquel hombre la había prometido cumplir sus deseos: ¿qué le importaba lo demás?

—¡Ay de tí, si nos engañas!—exclamó él decidiéndose.

—Matadme, ¿qué me importa?—contestó la infeliz volviendo en sí y sonriendo amargamente.

Quando la indecisa luz del crepúsculo, precursora de la claridad del día, comenzó á iluminar el horizonte, las honestas francesas penetraban en el pueblocito.

La lucha que se entabló fué tan corta como sangrienta. Hombres, niños, mujeres, ancianos, hasta los heridos que aun conservaban un soplo de vida, se precipitaron á contener el torrente invasor, y entre los gritos de los que espiraban y el fragor de la pelea, solo se escuchaba una frase de todas las bocas, anatema terrible pronunciado con odio y execración:

—Nos han vendido; han revelado las brechas que abandonamos ayer. ¡Traición! ¡Traición!

La pobre madre, delirante, loca, había penetrado con el general y las primeras filas de infantería; más en vano buscó á su hijo con febril anhelo: no le encontró, y tan solo cuando, cual terrible avalancha, sus heroicos convecinos pretendieron atajar la marcha al extranjero, le vió con espanto lanzarse á la lucha, y pronunciando dos frases, dos solamente, una de entusiasmo delirante para su patria, otra, la última, de odio terrible para el desconocido traidor que les había vendido, caer bajo los pies de los caballos de los escuadrones franceses, que ganaban á escape el desfiladero.

MAGDALENA SANTIAGO-FUETES SOTO. Búrgos, 1890.

CARTA SEMANAL DE LONDRES

Una de las profesiones más Inerativas de Londres es la de los *Solicitors*, un término medio entre nuestros abogados y procuradores.

Son procuradores que necesitan ser abogados y que no abogan; pero dirigen á los abogados que defienden los litigios.

Los *solicitors*, dicho se está, que son casi todos unos lincees, y digo casi todos, porque los hay de dudosa *perspicuidad*.

Como ejemplo práctico, vamos á dar á conocer un *solicitor* llamado «*Wellborn*», que ha presentado la demanda de divorcio á su mujer acusandola de mala conducta y como cómplice de ella á «*Enrique Everard*, un joven de diecinueve años. La mujer tiene veintiocho.

A la verdad, el pobre marido no ha dado grandes pruebas de travesura, pues á juzgar por lo que hasta hoy se ha podido saber, faltan pruebas en que apoyar la comision del delito. Error grave en un *solicitor*.

Todo lo que el bueno del marido ha podido dejar traslucir, es que él no es un modelo de moralidad doméstica, pues según ha declarado su mujer, era brutal en su trato, cruel, celoso, la ha pegado algunas veces, sendas cachetinas, y hasta en una ocasion *arteralmente*, le dió un golpe con la maza del taco del billar aprovechando la oportunidad de estar ella detrás de él un día que estaban jugando en la sala de billar de su casa, por no avisarla para que se apartase cuando iba él á tirar.

Vino luego el pedirle perdón cuando la primera cachetina, en la cara, y niega que fuera *intencionalmente* el golpe con la maza del taco en la pieza de billar, la segunda.

Sea de ello lo que quiera, queda en pie otro hecho increíble, á saber, que el marido leía á su mujer, á disgusto de ésta, obras reputadas como obscenas, entre otras, la más picaresca de las obras de Zola y con especialidad *Nana*, con láminas edificantes, y otras de color más subido y que no tienen en su abono el mérito literario de la pluma de los autores sino el cinismo y la crudeza del realismo.

Pero ¿qué más? El bueno del marido cantaba los himnos religiosos con tales trasplantaciones, y no en la iglesia, por de contado, sino en la casa delante de su propio hijo, el cual, con la inocencia le corregía á su padre, diciéndole:

—No; no es eso papá. Es así... Y el padre se reía de la inocencia de su hijo...

La *solicitora* es una perla que se pierde de vista. ¡Una paloma!

No ha habido medio de probarle *ningun hecho concreto* en que apoyarse para declararla adúltera, aun cuando se hayan hecho declaraciones tan originales como la siguiente salida de los labios del *hermano mayor del joven Everard*:

«Un día bajaba yo por la escalera y estuve á pique de desnucarme porque tropecé y casi caí encima de mi hermano y de la señora de *Wellborn* que estaban sentados en la escalera á oscuras en hora en que aun no se había encendido el gas.

«Recuerdo también,—añadió,—que otro día se desabrochó el vestido delante de Everard y de mí, y cuando le hice reparar en ello, me contestó: «*No importa tengo mucho calor.*»

Algo más grave es la declaración de un agente privado, á quien el marido pagaba para que siguiera á su

mujer. Y por cierto, que es cómico hasta hacer reventar de risa lo que acerca de este incidente se ha dado á conocer.

Parece ser que el joven Everard, que es de la piel del diablo, sabía que su agente le perseguía y se entretenía en pasar en velocipedo por delante de él y partiendo luego como una flecha hasta que le perdía de vista y volver á pasar...

Por fin, en una de las escursiones en que el joven (iba sin velocipedo) entró en un carruaje de primera clase en ferrocarril, acompañado de la supuesta pecadora, no quiso el agente desperdiciar tan brillante ocasion, y habiendo impetrado la ayuda de uno de los empleados del ferrocarril, que era amigo suyo, le invitó servir de testigo.

Accedió el empleado, y cuando momentos despues de partir el tren, el agente y el empleado se asomaron á la ventanilla poniéndose de pie en el estribo del coche con la exposicion consiguiente en que iban los supuestos amantes, solo pudieron comprobar... que la demandada, sin duda por equivocacion, en vez de sentada encima de los asientos del coche lo había hecho encima de las rodillas del joven y estrechamente le abrazaba. Iban jugando á darse besos, como si solo tratasen de hacer rabiarse al agente y al otro testigo pero... nada más.

Ya tuvo el juez buen cuidado de preguntárselo y los testigos le dijeron la verdad.

¿Y qué mal hay en eso? Lo que dice la infeliz perseguida, hasta á su propio marido:

—Yo no lo niego, yo le quiero mucho á Enrique, pero *platinicamente*...

De modo que sería una infamia que le concedan el divorcio al del *solicitor* que, eso sí, no se ha olvidado de pedir la correspondiente indemnizacion de daños y perjuicios!

Y en cuanto á perjuicios no creia que podría tenerlos con las visitas del joven Enrique, en un principio, cuando visitaba á la mujer en un principio á que le incitase á venir porque era conveniente para sus asuntos... pero luego... luego... Vamos, esto sí que es difícil de contar. Sin embargo, como forma parte del proceso, no puedo, en mi papel de cronista, omitir este importante punto de la narracion:

Tras una escena de violentos celos, el marido amenazó á su mujer con darle un tiro. Ella habia visto el revolver, tuvo miedo, y para quitar la ocasion se encerró en su cuarto, retorció las sábanas y se descolgó por el balcon yéndose á dormir... con una niñera despedida de la casa dias antes, y que quería á su señoría *entrañablemente*, tanto que el marido la acusaba de quererla más que á él!

Decididamente el bueno del *solicitor* es un lince. Haber descubierto que su mujer quiere á todos... más que á él! ¡Es increíble tanta perspicacia!

Y por de contado el marido no ha hecho ni más ni menos que aquel maestro de escuela que decía: «*Muchachos, sordos* se escribe con *l*» porque él tenía perdida la cabeza por la niñera, que un día vino á decir á su señora: «*Protéjame usted, señora, porque el señor se empeña en que camemos de papeles y sea yo la señora en vez de ser la niñera...*»

Y á todo esto, el pollo de los diecinueve años, el héroe de la fiesta, no está muy entusiasmado, que digamos, con su adorada cómplice de platinicismo, porque según declaracion del hermano mayor, cuando éste le dijo:

—Mira que todo esto va á acabar porque le concedan el divorcio al marido y vés á tener que casarte con la divorciada.

Contestó: —¡Yo! ¿Casarme yo? ¿Te figuras tú que voy yo á cargar con la mujer que otro desecha?

¡Pobre demandada! La que fué miss Mary Blanche Wassall se va á quedar sin marido, sin amante y hasta sin niñera, si esta opta por seguir al marido, como es muy probable. En mi próxima carta sacaré á ustedes de dudas.

Necesito hacer una rectificacion. Donde me han hecho decir los cajistas simpático «*Horman*» conde de Mejorada, debe leerse Sportman. *Hortman* no quiere decir nada y creo necesaria la rectificacion, así como la del Baza hablando de Rostchild, aun cuando esa errata es más fácil de comprender que que quería decir baron.

Desde el año de 1870 se viene estudiando un proyecto atrevidísimo que parece va á llevarse á cabo el año 1892. El pensamiento consiste en explorar el polo Norte en globo.

Los ingleses han puesto el capital y los Sres. Hermite y Besarsonse ofrecen á llevar á cabo la ascension. El material para llevar á cabo la empresa se compondrá de un globo lleno de gas hidrógeno puro, conteniendo 15000 metros cúbicos, 30 metros de diámetro y capaz de elevar 16000 kilogramos.

El globo estará cubierto por dos capas de seda china que sean capaces de resistir 2000 kilogramos de presión. Interiormente estará pintado con un

barroz impermeable de colodim y aceite combinado por el Sr. Hermite.

El globo llevará cuatro globos pilotos destinados á ser lanzados encima del polo para estudiar las corrientes aéreas, y además otros cuatro globos de 350 metros cúbicos que servirán para proveer de gas al globo principal y compensar las pérdidas que tenga durante el viaje.

El globo irá provisto de una maroma-guía muy pesada que irá arrastrando por el suelo á fin de que llegados á las regiones polares pueda estar á una altura determinada por cima del suelo, preparada de modo á la punta, que pueda agarrarse á los hielos ó tomar un punto de apoyo sobre las olas.

La canastilla será de mimbre revestido de acero, y acolchado, á fin de poner á los aeronautas al abrigo de la temperatura glacial de las regiones polares. Contendrá, además de los dos viajeros y sus instrumentos de observacion, ocho perros, un trinee, una lancha insubmerjible, víveres para un mes y cierta cantidad de agua.

Encima de la canastilla, que ordinariamente estará cerrada, habrá un puntecillo ó terraza desde donde podrán los aeronautas hacer sus observaciones científicas, si la temperatura exterior lo permite.

Ambos exploradores saldrán de un puerto francés escoltados por dos vapores, cuyo flete constituyere uno de los mayores gastos de la expedicion.

En estos vapores irá todo el material necesario que necesitarán llevar; solo cuando hayan llegado á su destino y para producir el gas hidrógeno puro empleando el procedimiento que se emplea en Chalais-Meudon para los globos militares.

El coste de la operacion es grande, pues asciende á un franco el metro cúbico, ó sea de quince á dieciséis mil francos para el globo aludido.

Proyectan salir en el mes de mayo/para llegar á Spilzberg en julio.

Piensen permanecer en el aire ocho ó diez dias.

El tiempo total de la expedicion, ida y vuelta, se calcula en seis meses.

Lo presupuestado, 560000 francos; 60000 para el globo y 500000 para compra del material y flete de los vapores.

No irán hasta 1892 porque quieren tomarse el tiempo suficiente para ensayar todo, á fin de tener la seguridad de que no han de salir fallidas las esperanzas concebidas.

El próximo año de 1891 tendrá lugar, en Chelsea, donde tuvo lugar este año la militar, una exposicion naval.

El presidente del Comité Almirante Inglefield ha dirigido ya una circular, que han publicado los periódicos, pidiendo que se ponga en noticia del público el proyecto, á fin de que éste favorezca al Comité enviando colecciones de pinturas referentes á batallas, pinturas al óleo, miniaturas, reliquias, manuscritos, trofeos navales, armas antiguas, espadas, bustos y estatuas pequeñas de oficiales distinguidos de la armada inglesa y uniformes que puedan contribuir á ilustrar los varios períodos, acontecimientos y condiciones con el servicio naval desde los tiempos más remotos.

En la circular se hace saber que se tendrá el mayor cuidado con los objetos que se faciliten á título de préstamo y que cuantos gastos produzca su envío, devolucion y exposicion, serán de cuenta del Comité, el cual elegirá, entre todo lo que se le envíe, lo que juzgue más apropiado para el objeto de la exposicion.

Entre los diferentes atractivos que se proyecta ofrecer al público es el principal la construccion de un lago de 250 pies de largo y 150 de ancho y cuatro ó cinco de profundidad para exhibir los modelos. Si la idea no resulta muy costosa, se llevará adelante.

Se ha ofrecido un premio de cien libras por el mejor modelo de bote, dándose el premio por votacion del público, que votará.

El Comité piensa elevar un faro, y ya le han ofrecido darle uno de los mejores, con arreglo á los últimos adelantamientos.

La produccion de té de la India en este año se calcula en 110 millones de libras, y la proporcion entre el consumo del té indio y Ceylan en el Reino Unido se eleva á 75 por 100.

Como se ve, China va quedándose muy atrás, tanto, que apenas nos surte un 25 por 100 del consumo; y en cuanto el ferrocarril de Bengala á Birmania esté concluido, puede dar por concluido su comercio de té con Rusia.

Para dar idea de las nieblas que estos dias envuelven á Londres, nos bastará referir el siguiente hecho.

Nos ha manifestado un aficionado á pájaros que los que tiene en su casa, al ver iluminarse la casa por el gas á las doce de dia, creyendo que la luz es el sol, se ponen á cantar de contento.

Lejos de haber sol desde el viernes, además de la niebla el frio ha sido tan intenso, que ha llegado á 16 y 20° por

la noche, y el domingo, á las seis de la tarde, 12° bajo cero!

Pero hubo más, y esto sí que es original: mientras la niebla y el frío eran intensos en una parte de Londres, en otras distantes entre sí escasamente media milla, hacia un sol magnífico!

Los patinadores están locos de contento: más de 10000 de éstos fueron ayer á los Jardines de Kensington á patinar en el estanque, y otros tantos al Parque del Regente, en el Lago.

En el de la «Serpentine» de Hyde Park se cree que se podrá llegar á patinar; pero no es seguro, pues desde 88! no ha hecho nunca bastante frío para que se pueda patinar sin peligro, porque es mucho más grande y tiene más agua que los otros estanques.

En 1881 se heló el agua á una profundidad de cinco pulgadas de espesor, y ahora no hay más que dos y media á tres pulgadas heladas.

En los parques alejados de Londres también ha habido gran concurrencia de patinadores.

Se necesita una salud de bronce y una adición á patinar inconcebible para lanzarse en un día de niebla por esas calles, con frío de 12° bajo cero, hasta ir á parar á un estanque, ponerse unos patines y estarse dando carreras por el hielo. ¡Vamos, hay gustos para todo!

Poco tengo que decir acerca de la cuestión Parnell.

Cuando ésta empezó, sus amigos de América le enviaron un telegrama diciéndole: «Resigna, cástate y vente.» Pero se conoce que también Parnell es de la opinión del joven perseguido por el solicitador de que he hablado. No cree prudente casarse con la mujer que otro desecha, y ha preferido irse á Irlanda, donde ha sido recibido con entusiasmo por sus parciales, á silbidos por sus contrarios.

MI opinión es que tras una resistencia más ó menos obstinada acabará por ceder ó se lanzará á vías de hecho que le obligarán á expatriarse si no quiere que, si le cogen, se pase unos cuantos años en una prisión inglesa.

Por de contado quien ha ganado con esto es el gobierno conservador, que tiene grandes probabilidades de ganar las próximas elecciones. Si para mayo no disuelven será prueba de que no están seguros de la victoria, en cuyo caso aun les quedan, si quieren, dos años más de poder.

La acertada gestión de Goschen al frente del ministerio de Hacienda da gran fuerza al partido conservador, y fuera de Gladstone, no hay hacendista capaz de reemplazarle con ventaja.

Yo no sé por qué tienen los ingleses y las inglesas la fama de ser de hielo, porque más catástrofes que la de Troya han producido las Helenas del Reino Unido.

No me queda espacio para hablar de la exposición de ganado que tuvo lugar el día 9. Lo haré en mi próxima carta.

B. DE OYA.

Londres, 14 de diciembre de 1890.

DESDE EL BOULEVARD

¡La causa Gouffé! He aquí el acontecimiento culminante de la semana. Apenas si la romántica evasión de Padlewski ha distraído un poco á los parisienses de el drama vivo cuya premiere empezó anteaer en el tribunal de Assises del Sena.

Los magistrados—dicho sea con el respeto debido á sus graves funciones—han convertido, en efecto, la vista de esta causa *injustamente célebre*, en una primera representación de drama, de esas que por la dificultad de encontrar localidad para presenciarlas, despiertan doblemente interés, gracias al detestable sistema—por desgracia común en todos los países en casos análogos—de reservar á personas y personajes, más ó menos importantes é influyentes, el privilegio de ocupar el espacio que en el local del juicio manda la ley sea accesible al público, como garantía para los acusados de la imparcialidad de sus jueces y en beneficio de la misma acción de la justicia, que puede—como se ha dado algunas veces el caso—recibir testimonios imprevistos de personas que presencian la vista y no habían sido llamadas á declarar anteriormente; lo cual puede muy bien salvar á veces la cabeza de un inocente.

Cuando, además de las noticias que el telégrafo les ha adelantado, mis lectores sepan que todo el local reservado al verdadero público está ocupado durante la vista del proceso Gouffé por las personas que han obtenido tarjetas de entrada y que sólo por fórmula se ha dejado espacio para que cinco ó seis personas de las infinitas que sin permiso especial han hecho coita desde las seis de la mañana á las puertas del Palacio de Justicia puedan entrar á presenciar los debates, comprenderán lo verdadero de aquel *salón de baile en todas partes* en

habas... y recordarán que lo mismito pasó en Madrid cuando se trataba de ver cómo defendía el pescuero la famosa Higiniá, que en el cultísimo París cuando se ha tratado de ver si la cabeza que defiende Gabriela Bompard era tan bonita como desde hace seis meses nos vienen contando.

Mientras para la prensa extranjera, tan numerosamente representada en París, ha habido solamente cuatro tarjetas de entrada á la vista, y la prensa francesa de provincias ha sido menos atendida todavía—lo cual seguramente costará su destino á algún periodista de los que por deber tienen que presenciar lo que allí pase para lanzarlo á la publicidad—en el escogido público que los magistrados se han procurado, no faltaban—más bien sobraban—muchas lindas damas del gran mundo y quizás algunas de mundo menos grande, armadas de gemelos para no perder detalle del lúgubre espectáculo.

Es bien triste ver en estos casos tantos lindos ojos que sólo debieran emplearse en miradas dulces ó compasivas, cebándose en el rostro de dos vulgares asesinos y en todos los siniestros instrumentos y objetos empleados en *suprimir* á un *huissier* y hacer desaparecer su cadáver de las indiscretas miradas de la policía!

Pensar que muchas de aquellas señoras serán entusiastas protectoras de los animales y que se desmayarán si un distraído le pisa el *raton* á su *perrito!*

Y la verdad es que el drama que tan interesante se nos prometía va resultando vulgar de toda vulgaridad.

Eyraud, cuyo aspecto está muy lejos de ser tan innoble y patibulario como los retratos nos le presentaban, visto de cerca no ofrece gran diferencia física con cualquier honrado ciudadano de los que diariamente se cruzan con nosotros por esas calles.

¿Gabriela? ¿Dónde está esa belleza seductora é irresistible, ese atractivo de linda serpiente, capaz por sí sola de dar al traste con la severidad de sus jueces y con la conciencia de los jurados, amén de atraerse todas las simpatías del público y aun de despertar fogosa pasión en algún espectador sensible?

Decididamente ciertas heroínas pierden todo su prestigio vistas á dos ó tres metros de distancia y sin gemelos, para no exponerse á que el presidente, Mr. Robert, nos los haga guardar, como muy acertadamente lo ha hecho con las elegantes espectadoras del juicio.

Una muchacha rubia, con nariz remangada, fisonomía un tanto viciosa y gesto de niña mimada á quien regañan. En cuanto á belleza *plástica*—nos valdremos pudorosamente de la discreta frase de un cronista judicial,—una mujer sin *prominencias* de ninguna especie. Gabriela parece más bien un muchacho vestido de mujer.

La inteligencia no se revela en su mirada, ni en sus maneras, ni en sus respuestas.

Un poco de coquetería y un poco de elegancia; concedido; pero ¿qué parisiense de 22 años no las tiene?

Algo de mal humor cuando ve que sus declaraciones, por lo inverosímiles, hacen asomar sonrisas de incredulidad en los magistrados y cierta excentricidad, hija más bien del cinismo que del estudio inteligente de su papel ó de la irresponsabilidad de que sus defensores quieren cubrirlo, como único medio de salvación.

Tal resulta á nuestros ojos Gabriela después de bien observada muy de cerca durante los dos días de audiencia transcurridos.

Eyraud resulta más vulgar aun.

Posee el cinismo tranquilo. Relata con una escrupulosa sinceridad los más nimios detalles del crimen, y hay en sus declaraciones una ruda franqueza que muestra bien á las claras que ni miente, ni se hace ilusiones sobre su cabeza y aspira sólo, en una singular equidad, á que, en esta partida en que ha perdido el más importante adorno de su persona, Gabriela, que, según todas las apariencias, ha tenido la misma participación que él, le siga bajo la cuchilla de *Monsieur de Paris*.

Sólo se irrita cuando le hablan de sus antecedentes, teniendo la extraña manía de que los periodistas y todo el mundo le calumnian, y exclama, con una ingenuidad que en otro sitio resultaría cómica, cuando le recuerdan alguna acción poco delicada:

—¡Por quién me toman!

Su sangre fría no se la perdido más que al presentarse Garanger. Eyraud no le perdona el flaco servicio que le ha hecho trayéndose á Gabriela á Europa y llevándola á constituirse prisionera, dando así la verdadera clave de su paradero y facilitando su captura por nuestras autoridades de la Habana.

El interrogatorio de Garanger y el careo de éste con Eyraud en la segunda audiencia ayer, ha sido el único momento de interés dramático del juicio.

Como en todo buen melodrama, hubo su poco de parte cómica, constitui

da por el diálogo entre el testigo y el acusado sobre los 5000 francos de Garanger con que Eyraud y Gabriela vivieron largo tiempo en América.

—¿De modo—dice Eyraud—que usted supone que le he estafado 5000 francos?

—Lo cierto es—responde Garanger—que se los presté y *todavía* no me los ha devuelto.

Un *vaudevillista* no haría nada más bonito.

Festa escena ha terminado por una ruidosa convulsión de Gabriela—que bien pudiera ser fingida,—produciendo gran emoción en el público y oportunamente sobrevinida en el primer momento de verdadero furor de Eyraud.

Pasado este accidente, durante el cual Gabriela ha pronunciado las dramáticas palabras: «¡Miguel, Miguel, no me mates!» y cuando la heroína se ha presentado en una *toilette* menos cuidada que al presentarse al público, sin el talle oprimido por el elegante corsé y habiendo sustituido por una mantilla que ocultaba el desorden de sus cabellos, su defensor ha plautado, con una pregunta á Garanger, la cuestión del hipnotismo.

Garanger ha declarado haber dormido á Gabriela varias veces y crearla un excelente *sujeto*.

Y el presidente ha levantado en el acto la sesión.

Oportuna suspensión de audiencia y excelente final de acto segundo.

Para hoy nos anuncian al final de la audiencia otro incidente de sensación: las declaraciones contradictorias de los peritos médicos citados por la acusación y la defensa para dar su opinión sobre la responsabilidad de Gabriela.

La escuela de París sostiene la responsabilidad; la escuela de Nancy la irresponsabilidad.

Por telégrafo sabrán esos lectores, al leer estas líneas, si hemos llegado á tener el espectáculo de esperiencias llevadas á cabo ante el tribunal y si los que van buscando emociones gordas al Palacio de Justicia han encontrado al fin satisfechos sus deseos.

Pero, aun á riesgo de resultar malos profetas, parecemos que el presidente Mr. Robert y el procurador general Quesnay de Beaupaire, que desde ayer dirige casi exclusivamente los debates, con muchísimo tacto y dignidad por cierto, van á procurar una desilusión á las lindas espectadoras de la *Cour d' Assises*.

El oficio de cronista en París desde hace seis semanas va resultándonos á manera de escuela práctica de Derecho y Leyes.

Por donde quiera que asoma uno la cabeza en busca de asunto, tropieza con un proceso civil ó criminal.

A este paso, será conveniente, para estar mejor informado, ejercer la profesión vestidos de toga, lo cual hará más abordables jueces, fiscales, abogados y escribanos.

Por un lado la causa Gouffé, por otro Padlewski, ahora un nuevo proceso Eyraud—civil esta vez—que madame Eyraud intenta á una *Compañía* de seguros sobre la vida.

El caso es curioso por demás. Eyraud se había asegurado la vida y había pagado las primeras primas, bastante antes de su *operación* de la rue Tronson-Doucourday.

Después de su fuga, como es natural, había olvidado pagar las pólizas siguientes.

Entrada de la situación Mad. Eyraud ha querido pagar la prima atrasada para de esta manera tener derecho á cobrar el seguro para su hija en el caso, probablemente próximo, de muerte de Eyraud.

La compañía se niega á regularizar la situación apoyándose en que ha pasado el plazo y además en que el *caso* actual de Eyraud la exime, caso de guillotina, á pagar el seguro.

Ignoramos cómo se hizo exactamente el seguro y generalmente la muerte *voluntaria* exime á las compañías del pago.

Pero, sin prejuzgar la cuestión de derecho, parecemos un poco fuerte que sea admisible la que un individuo se haga *voluntariamente* cortar la cabeza por el gusto de que su familia herede unos cuantos miles de francos.

Y en este caso especial sería una exageración de su derecho, poco caritativa de la compañía apoyarse en lo no involuntario del fallecimiento para negar á la hija de Eyraud la única herencia soportable que su padre puede dejarla.

Otro proceso curioso en perspectiva es el que el autor dramático Henry Becque intenta contra el gran crítico Sarcey.

El que bien pudiéramos llamar príncipe de la crítica parisiense tiene el feo vicio—dicho sea con todo respeto—de hacer intervenir en sus juicios la contaduría del teatro, esto es, terminar sus artículos, profetizando si la obra dará mucho ó poco dinero y los llenos que de ella pueden esperarse, y así lo ha hecho al ocuparse de la *repris* de *La Parisienne*.

Henry Becque, v en nuestra humil-

de opinión muy justamente, entiendo que el crítico, por autorizado que sea, está en su perfecto derecho diciendo todas las perrerías que tenga por convenientes sobre el valor literario de la obra que juzga,—siempre y cuando se apoye en razones, añadiríamos nosotros—pero que al meterse en si la obra dará ó no dinero irroga un perjuicio material á su autor.

Cuando se trata sobre todo de una población tan grande como París, en que el público verdadero, ó sea el que paga (el que vá de balde al teatro es aquí mucho más escaso, pero mucho, que en nuestra amada patria) espera que los críticos de su confianza le den hecha la opinión para en vista de ella ir ó no á ver la comedia estrenada la víspera, es indudable el perjuicio material de que se queja Henry Becque, cuando el crítico dá por sentado que no hay ciudadanos capaces de gastarse ocho francos en una butaca en número bastante para llenar el teatro desde la segunda representación.

Esto equivale á una invitación á quedarse en casa que bajo la autorizada firma de Sarcey tiene verdadera influencia en la taquilla.

En estos tiempos en que el reclamo es artículo de primera necesidad para todo el que vive del público, esa intrusión de la crítica en la parte meramente pecuniaria de la propiedad intelectual es pernicioso é intolerable y esto es lo que se propone dejar sentado Henry Becque con su proceso.

No pedirá más que un franco de daños y perjuicios, pero procurará dejar sentado que el crítico no tiene derecho á profetizar sobre los ingresos que el teatro pueda tener con la obra estrenada.

Con lo cual hará por tabla un favor á esos mismos críticos.

Porque suelen equivocarse y resultar que obras que profetizaron no darían diez representaciones llegaban á representarse cien noches.

El frío sigue haciendo de las snyas. Un solo presagio de cambio rápido de la temperatura nos consuela en nuestros tiritones.

Se anuncia para el domingo una gran fiesta de patinación en el Bosque de Bolonia.

Y esto sí que no ha faltado nunca. El domingo no se verá, de seguro, un pedazo de hielo para el remedio!

RICARDO BLASCO.

MOSAICO MADRILEÑO

Heroísmo y caridad.—La noticia misteriosa. Preparativos de Pascua.

El cuerpo de orden público de Madrid, objeto constante de burlas en la prensa periódica y en el teatro, y cuyos prestigios iban decayendo de manera lamentable, ha quedado enaltecido y dignificado con la sangre del heroico Epifanio Rojo Gallego. La tragedia de la calle del Pez, de que los lectores de este periódico han tenido detalladísima noticia, ofrece aspectos tan humanos, tan conmovedores y tan hermosos, que la priven desde luego de las tristezas de otros sucesos de índole análogo. Aquel valeroso guardia que en presencia del peligro de una criatura, siente reunidos en su pecho todas las ansias y temores de los que presenciaban la escena; que junta indudablemente en su pensamiento á la tierna criatura amenazada de muerte, con las dos snyas, que, huérfanas de madre, aguardan en su domicilio su amparo y su cariño, y que sin consultar más que á sus honrados sentimientos se lanza al peligro y paga con su propia existencia la salvación de una pobre niña, resulta una figura de tanto relieve, que no puede contemplársela sin profunda y justificada emoción. Cumpla un deber de su cargo, es cierto; pero aquí donde tantos deberes suelen desconocerse ó aplazarse; al cumplirlo, y cumplirlo con verdadera heroicidad, realizaba un acto digno de admiración.

Y junto al cadáver de la víctima surge, hermosa y digna la caridad. El desgraciado Rojo deja en el mayor abandono á dos pobres niños; y el gobernador de la provincia con generosa iniciativa les coloca en un asilo y encabeza con una crecida suma dos cartillas en la Caja de Ahorros, para cuando sean mayores; el Casino de Madrid aumenta la suma impuesta, con 4000 pesetas y abre una suscripción entre sus socios con el mismo piadoso fin; varios particulares, entre ellos pobres individuos del cuerpo de orden público han seguido el caritativo impulso, siendo indudable que todas las personas acomodadas y todas las sociedades se apresurarán á contribuir á que quede asegurado el porvenir de los pobres huérfanos.

Cuando esto se haya logrado; cuando las tiernas criaturas tengan un capital cuya renta equivalga, y no es mucho, al sueldo del pobre Rojo Gallego, el Sr. D. Federico Sanchez Beldoya podrá estar satisfecho de su noble iniciativa y su caritativo proceder.

Desde hace algunos días constituye,

entre las mujeres especialmente, tema principal de conversacion, un suceso misterioso y del cual se recatan de hablar en público. Medias palabras, sonrisas, alguna frase suelta: he aquí lo único que le podido sorprender en cuanto le visto reunidas y hablando á dos ó más mujeres.

—Por fin los ponen!

—¿Los ponen? No he de creerlo hasta que lo vea.

—Es que ahora va de veras.

—¿Acaso era de broma cuando se construyeron otros que no han llegado á utilizarse?

—Y que por fuera no eran feos.

No hay medio de saber de qué tratan las señoras mujeres, con semejantes indicaciones.

—Era una mala vergüenza lo que pasaba,—dice otra:—para los hombres en todas partes; para nosotras en ninguna.

—Y eso que nos llaman...

Nueva curiosidad defraudada: imposible el oír lo que llaman á las señoras mujeres.

—En mis tiempos, dice una anciana, recuerdo que había á la entrada de la calle Mayor una callejuela, en la cual podíamos...

—Sí, el collejon de la Dnda.

—Hoy no hay duda ninguna, sobre todo para las pobres mujeres.

—¿Qué ayuntamientos!

—¡Claro! Como que están formados de hombres.

—Y estos bien han sabido procurarse comodidades.

—Ya lo creo: columnas de piedra, bocinas de hierro y acordeones calados del mismo metal.

—Afortunadamente vamos á tenerlos.

—Y veinte nada menos.

—¡Con tal de que no caigan en desuso por el qué dirán!

—¿Qué han de decir más de lo que hoy dicen de nosotras!

Decididamente, es imposible averiguar cuál es el secreto de las señoras mujeres y de qué hablan estos días tan misteriosamente en sus conversaciones íntimas. Desde luego es cosa que parece satisfacerlas y por eso debemos todos tributarles nuestra cordial enhorabuena.

Madrid parece en estos días una población consagrada exclusivamente á los placeres de la gula; los comercios, pléticos de género, reventan por puertas y escaparates y posesionándose de las aceras, ni más ni menos que si fueran compañías para el alumbrado eléctrico ó mendigos, obligan al transeúnte á echar por medio del arroyo, con gravísimo peligro para la integridad de sus cuerpos. Las anguilas toledanas se unen á los melindres de Yepes; el turrón de Jijona á las cajas de jalea y mantequilla; los cuñetes de las aceitunas á las cajas de almendras, y la química, en sus innumerables manifestaciones, nos ofrece los aromáticos vinos de Málaga y de Jerez, los más caprichosos licores y los aguardientes escarçados de todas las marcas. Los pavos, temerosos de la viruela, no se han apresurado mucho á verificar su solemne entrada en Madrid, como en años ya pasados, y esta contrariedad debe traer algo desazonada á otras muchas aves de corral, temerosas de tener que suplir á aquéllos, representando el papel que les está reservado en las cenas del día 24 y en las comidas de los siguientes; pero es seguro que al cabo llegarán los pavos y darán, según costumbre, la vuelta á que se hallan destinados antes de que les llegue la hora del sacrificio. Porque sabido es que un pavo nunca perece á manos de su primer comprador: lo adquiere el esposo de la recién parida para obsequiar al médico que la asistió en el trance; el médico lo envía al director del colegio en que se educan sus hijos; el director del colegio lo manda al boticario, en cuya casa tiene ya una crecida deuda; el boticario, que anda en pretensiones de una cruz, lo remite á un funcionario público, y éste, cuya paga se encuentra un tanto mermada por los *usufreros*, lo manda de nuevo á la plaza, punto de su procedencia. Y el pavo, magullado con todos estos viajes, y después de haber producido á sus varios conductores otras tantas propinas, ó se muere espontáneamente, con lo cual gana plaza de honor en la pastelería más próxima, ó tiene que aguardar á que otro marchante se encapriche de su volumen y plumaje, para comenzar acaso otra peregrinación, análoga á la que queda descrita en las líneas que preceden.

Verdad también que al lado de ese Madrid que se dispone á tomar parte en el festín clásico de la Noche-Buena hay otro que se arrastra en la miseria, que vive en el desamparo, y para el cual son inútiles capones y peladillas, besngos y turrónes; pero si entre uno y otro Madrid existen abismos, también hay medios de salvarlos, haciendo que desaparezcan los peligros sociales que pudieran encerrar en su seno. Cuáles sean estos, no hay necesidad de decirlo siquiera, mientras en el corazón del hombre no se apague el dulce calor que logra secar tantas lágrimas, encender tantos hogares fríos, y hacer revivir tantas esperanzas moribundas: el calor de la caridad.

M. OSSORIO Y BERNARD.